



# *La alfarera celosa*

# La alfarería, «arte celoso»

## Claude Lévi-Strauss

*La alfarería, «arte celoso». Su origen mítico. Dueños y dueñas de la arcilla en las dos Américas. La alfarera celosa de los hidatsas. La alfarería como puesta de un combate cósmico.*

Para intentar resolver el problema, procederemos por etapas. Nos preguntaremos en primer lugar si existe algún vínculo entre la alfarería y los celos (cuestión a la cual se ha pretendido dar ya un principio de respuesta). A continuación nos interrogaremos acerca del vínculo entre los celos y el chotacabras. Si, en ambos casos, se obtiene un resultado positivo, seguiremos por lo que no hace mucho he llamado una deducción trascendental, que existe asimismo un vínculo entre la alfarería y el chotacabras. De este modo habremos verificado que, tal como parecen postular los mitos, los tres términos están unidos por una relación transitiva.

Todas las informaciones sobre el arte de la alfarería en América del Sur destacan que éste es objeto de cuidados, de prescripciones y de prohibiciones múltiples. Los jíbaros, autores de los mitos considerados hasta ahora, utilizan sólo una arcilla especial, presente únicamente en algunos lugares cerca del agua. A esta materia prima, señala Karsten, «están

asociadas representaciones mágicas y religiosas [ ... ]. Toda una "filosofía" primitiva subtiende la confección de estos importantes utensilios. Entre estos mismos indios, Stirling hace notar «el sumo cuidado con que se aplican a señalar los afloramientos de arcilla utilizable para fabricar las vasijas».

Los yurucarés, que habitaban también al pie de los Andes pero mucho más al sur, rodeaban el arte de la alfarería de precauciones exigentes. Las mujeres, las únicas que lo practicaban, iban solemnemente a buscar la arcilla durante el período del año que no estaba reservado a las cosechas. Por temor al trueno y para escapar a las miradas, se ocultaban en un



FIG. 1. El chotacabras sudamericano *Nyctibius grandis* (según BREHM, 1891, vol. 2, pág. 230).

lugar retirado, construían una choza y celebraban ritos. Desde que empezaban a trabajar guardaban un silencio completo y sólo se comunicaban entre sí con signos, convencidas de que si pronunciaban una sola palabra sus vasijas se resquebrajarían durante la cocción. Se mantenían también alejadas de sus maridos, de lo contrario todos los enfermos morirían.

Más adelante examinaremos algunos casos norteamericanos que explican la

antipatía entre el trueno y el arte de la alfarería. En cuanto a la prohibición de extraer la arcilla en tiempo de recolección, algunas creencias peruanas pueden aclararla. Según éstas, los agricultores de las zonas irrigadas se opondrían a la gente de los países elevados que, privados de agua, no pueden cultivar la tierra y han de limitarse a modelarla. Con respecto al agua, alfarería y agricultura constituirían pues técnicas antagónicas. De ese modo se comprendería que los yurucarés vieran una incompatibilidad entre ellas.

Aún hoy en México, escribe el gran especialista en alfarería G. M. Foster, «por todas partes donde se practica la alfarería, parece que los alfareros se desvalorizan entre sí y que los no-alfareros los menosprecian ( ... ). Todos parecen coincidir en que la agricultura o el pequeño comercio son estados superiores a este artesanado tradicional». Con el mismo espíritu, los machiguengas oponen la tierra «negra y buena» creada por el buen demiurgo a la tierra «roja con la cual se hacen las vasijas, que no vale nada, donde no puede crecer la buena mandioca», obra del demiurgo malo.

El mito peruano al cual he aludido cuenta el contratiempo de una princesa de los alfareros que se mostraba inflexible en lo que a la protección de este arte se refiere. Uno de sus vecinos, príncipe de los cultivadores, solicitaba su mano. Cierta día le envió una tinaja muy fea pero llena del agua de la cual podrían nacer las fuentes que hacían falta en su país. Disgustada por la mediocridad del continente, la tiró con desprecio sin preocuparse del precioso contenido. Ahí también, por consiguiente, los alfareros muestran un espíritu limitado al verse incapaces de ver más allá de su

estrella,  
perezoso



oficio.

Los indios de la selva tienen alfarería y no carecen de agua. Para ellos, alfarería y agricultura son por tanto compatibles. La arcilla extraída de las riberas de los ríos, buena para la producción de alfarería, pasa entonces al terreno de lo húmedo y se opone a la tierra dura y desecada de los termiteros. Existen creencias de la Amazonia que ilustran esta conexión entre la alfarería y el agua. Los tukunas del río Solimões (nombre que recibe un tramo del Amazonas) distinguen dos arco iris, el del Este y el del Oeste, uno y otro demonios subacuáticos, dueños de los peces y del barro de alfarería, respectivamente. Muy cerca de ellos, los yaguas diferencian asimismo dos arco iris, uno grande, otro pequeño. Este último toca la tierra y es la «madre de los objetos de arcilla».

Un mito muy extendido en Amazonia refiere que la serpiente hembra Boyusu, identificada con el arco iris, salió un día del río con apariencia de una vieja mujer para instruir a una pobre alfarera india. Ella le enseñó a poner el barniz blanco y a pintar por encima en amarillo, pardo y rojo. Entre las serpientes Boyusu y los humanos existían antaño relaciones equívocas. Las mujeres criaban serpientes macho en jarras que hacían cada vez más grandes a medida que se desarrollaban. Finalmente las abandonaban en un lago y las llamaban de vez en cuando para reproducir en los vasos los rasgos y los colores de sus «hijos». Los tomaban también como amantes. A su vez, los hombres tomaban como amantes serpientes «transformadas en mujeres de una belleza sin igual». Hay dos detalles que nos acercan a los mitos jíbaros: el ocre rojo encontrado formando pequeños bloques compactos se llama

«excremento de Boyusu»; y se dice, desgraciadamente sin mayor precisión, que dos Boyusus pelearon un día «por cuestión de celos».

Por otro lado, los jíbaros poseen asimismo mitos relativos a dos huérfanos, o a una joven mujer despreciada por los suyos porque no sabía de alfarería. Nunkui,



FIG. 4. El perezoso *Choloepus didactylus*  
(según Voer 1884, 240, pág. 496).

patrona de la horticultura y en general de los trabajos femeninos, los instruyó. Los mismos mitos insisten en el valor podríamos decir ético que los indios reconocen al arte de la alfarería. Para merecer un marido que sea buen cazador, una mujer debe saber fabricar por sí misma una vajilla de calidad donde pueda cocer y servirle su caza. Las mujeres incapaces de practicar la alfarería serían, hablando con propiedad, criaturas malditas.

Los indios de Guayana rodeaban la fabricación de vasijas de prohibiciones tan estrictas como los yurucarés: «Están convencidos de que sólo se puede extraer la arcilla en la primera noche de luna llena [ ... ]. Durante esa noche se reúne gran número de gente. De madrugada, los indígenas regresan a sus aldeas con enormes provisiones de arcilla. Están profundamente convencidos de que si hicieran recipientes con arcilla extraída en cualquier otro momento no sólo tendrían tendencia a resquebrajarse sino que provocarían múltiples enfermedades en aquellos que los utilizaran para comer».

Un mito recientemente obtenido de los wauras, indios de la familia lingüística arawak en la región del alto Xingú, atribuye el origen de la alfarería a las peregrinaciones de una serpiente sobrenatural, portadora de diferentes tipos de recipientes, y cuyo viaje finalizó en un lugar donde hay abundante arcilla. También en este caso, cuando hay que obtener arcilla, se deben tomar muchas precauciones. Se la debe extraer muy suavemente. Si se hiciera ruido, la serpiente haría repentinamente su aparición y se os comería: «En este lugar, hay que evitar hacer el menor ruido. Es peligroso, sí, muy peligroso. Desde hace muchísimo tiempo los wauras se abstienen de extraer arcilla en este lugar».

Un caso aparte pero no único en América del Sur lo constituyen los urubús, tupís del Maranhão, que asignan el arte de la alfarería a los hombres: «Cuando éstos quieren hacer vasijas, se aíslan en la selva para no ser observados. Mientras dura el trabajo se abstienen de comer, de beber, de orinar y de cualquier tipo de relación con las mujeres. Hacen vasijas de buena calidad, pero muchas se resquebrajan

F : F : F  
*macho* : *hembra* :: ? : *Luna-1*  
 (Luna) (Sol) (hembra)

durante la cocción: imperfección cuyo origen ellos sitúan en el acto espiritual de la realización más que en las modalidades técnicas o en la materia prima empleada».

En todo el mundo existen prescripciones y prohibiciones en torno al arte de la alfarería. Briffault ha elaborado un hábil inventario para demostrar que ese arte - menos sencillo de lo que cabría imaginar, tanto en lo que concierne a las propiedades de arcillas de cualidades diferentes como a la elección de desengrasantes, combustibles, temperaturas y modos de cocción- es una invención femenina. El ejemplo de los urubús muestra sin embargo que los hombres son equiparables en este aspecto a las mujeres de Guayana y de los yurucarés. Sin pretender remontarnos a los orígenes, no hay duda de que en América es más frecuente que la alfarería incumba a las mujeres. Y más quizá que en otras partes, los mitos abundan para dar cuenta de los especiales cuidados que requiere la fabricación de las vasijas, o para adornar con toda una imaginería mística las condiciones en las que se desarrolla esta industria. Los mitos que acabamos de resumir ofrecen ejemplos de ello. Otros vienen a completarlos.

Como los jíbaros pero más al sur, en territorio boliviano, los tacanas habitan al pie de los Andes. Explican que la abuela de la arcilla enseñó a las mujeres a modelar los vasos de barro, a cocerlos y a darles consistencia. Pero era al mismo tiempo una divinidad exigente. Insistía para que las mujeres le hiciesen compañía y las invitaba a su casa; pero para retenerlas no dudaba en sepultarlas haciendo que la tierra que recubría los lechos de arcilla se desprendiera. Una mujer que había ido a

buscar arcilla junto a la orilla durante la noche fue sepultada con su hijo por otra razón: la dueña de la arcilla no podía soportar que se turbara su sueño. Desde entonces, un hechicero-curandero acompaña siempre a la gente que quiere proveerse de arcilla, y se tiran hojas de coca en la excavación para apaciguar a la dueña del barro de alfarería. Ésta ejerce también su vigilancia más allá de su dominio territorial: se cuenta que una mujer había abandonado su casa olvidando llenar de agua sus vasijas; la dueña de la arcilla y de las vasijas de barro castigó a la negligente confiscándole su vajilla.



FIG. 3. El perezoso *Bradypus tridactylus* (según BAEH W 1890, vol. 2, pág. 647).

Yendo nuevamente del Sur hacia el Norte, advertimos que en país jíbaro, las mujeres shuar deben agasajar asiduamente a la dueña de la alfarería a fin de que les deje llegar hasta la arcilla de buena calidad en lugar de la mala, que ella se complace en hacer aparecer a la superficie para esconder la otra y así engañarlas. Aún más al norte, al sudeste de Colombia, los tanimukas u ofainas creen que la Tierra, Namatu, la mujer primordial,

instituyó el arte de la alfarería. Es la dueña de las vasijas, y no pueden fabricarse sin su aprobación. Las mujeres que van por primera vez a buscar arcilla dejan en el lugar un vasito con coca a guisa de ofrenda a Namatu, para obtener su consentimiento y pagarla.

La fabricación de grandes barreños de arcilla para cocer las hogazas de mandioca es objeto de múltiples precauciones. El trabajo se desarrolla en un lugar prescrito del pueblo; las mujeres embarazadas o indispuestas, «demasiado fogosas», deben mantenerse alejadas de él. Si la cocción de los barreños se realiza de día, se echa a los niños y se impone el silencio. La alfarera no come ni bebe, no se baña, se abstiene de tener relaciones sexuales y ajusta su tocado para evitar que ningún cabello pueda caer en su obra. Nadie puede penetrar mojado en la aldea porque el barreño se resentiría con el frío. Para cocerlo, se lo coloca en el centro de la casa colectiva sobre tres soportes de arcilla que simbolizan los pilares cósmicos: estremecidos por la serpiente que los rodea, comprometen la estabilidad del mundo donde viven los humanos y también la de otros mundos. El centro de la habitación es efectivamente el centro del mundo, un espacio sagrado que no conoce movimiento ni trabajo durante el día y donde, llegada la noche, los hombres se reúnen para mascar coca y para narrar los mitos.

De cualquier modo que se la llame: madre-Tierra, abuela de la arcilla, dueña de la arcilla y de las vasijas de barro, etc., la patrona de la alfarería es una bienhechora, pues, según las versiones, los humanos le deben esta preciosa materia prima, las técnicas cerámicas o bien el arte de

F luna : F meteoro :: F meteoro : F cabeza-I  
 (cabeza) (excremento) (luna) (excremento)

decorar las vasijas. Pero, como demuestran los mitos examinados, manifiesta también un temperamento celoso y entrometido. Unas veces, como en el mito jíbaro, es la causa ocasional de los celos que aparecen por su culpa en los matrimonios; otras, también entre los jíbaros y otros pueblos, regatea ásperamente su ayuda; y otras, en cambio, manifiesta una ternura celosa para con sus discípulos: sea aprisionándolos bajo un desprendimiento para retenerlos cerca de ella, sea imponiéndoles incontables obligaciones especialmente durante el período del año, del mes, o el momento del día en que les permite extraer la arcilla; o también aún estipulando las precauciones a tomar, las prohibiciones a respetar -como la castidad obligatoria de las alfareras en Guayana y en Colombia, o la de los alfareros entre los urubús -, so pena de castigos que van desde el estallido de las vasijas durante la cocción hasta la muerte de los enfermos y las epidemias.

La conexión entre alfarería y celos es todavía más manifiesta en América del Norte donde los mitos amplían el motivo y le dan una dimensión cósmica.

En El origen de las maneras de mesa (1ª parte), he demostrado que un mito sudamericano procedente de los indios tukunas corresponde estrechamente, por la forma y el contenido, a mitos de América del Norte relacionados con una mujer que se agarra a la espalda de un hombre y se resiste a dejarlo. Esa mujer, dicen los mitos, se parece a los involucros ganchudos de algunas plantas. Para algunos, ella es igual en su origen. Los oglala dakotas ven en los involucros ganchudos el símbolo o incluso la causa mágica de los celos y de la envidia.

También en América del Norte, este mito existe en forma invertida entre los indios penobscot. En este caso la heroína es una criatura sobrenatural muy conocida por los otros algonquinos orientales.

Contrariamente a la anterior, no llega a desembarazarse del bastón que ha atado imprudentemente alrededor de su talle para que le hiciera de marido. El hombre, representado aquí por un bastón, se aferra de este modo a ella en lugar de hacerlo ella a él. Hombre paralizado o bastón, en ambos casos los mitos reducen el



FIG. 6. El mono sullador negro *Alouatta* (antiguamente *Mycetes*) *niger* (según BRAHM, 1890, vol. I, pág. 205).

compañero masculino a una cosa. Por lo que a la mujer se refiere, unas veces es el agente y otras el paciente de una conducta de celos. Los mitos algonquinos designan esta Criatura sobrenatural como mujer-cántaro o mujer-vasija. Se traduce asimismo mujer-corteza, pero se puede esgrimir en apoyo de otras variantes antes que los poncas atribuyen el oficio de alfarera a la mujer-grapa.

Pero es entre los hidatsas donde se

revela en toda su amplitud el sistema de creencias que trato de poner de relieve aquí. Para estos indios de lengua siux del alto Missouri, el arte de la alfarería era una ocupación misteriosa y sagrada. A ella sólo podía consagrarse la mujer que hubiera adquirido el derecho de ello de otra mujer, generalmente la madre, o la hermana del padre, que lo había adquirido a su vez de una tercera, y así sin interrupción hasta llegar a un lejano antepasado que se supone ha recibido ese derecho de las serpientes. Antaño, efectivamente sólo las serpientes se dedicaban a la alfarería. América del Sur nos había familiarizado ya con esta teoría, ilustrada entre los tukunas y los yaguas por la explicación del arco iris (contrapartida celeste de la serpiente ctónica iniciadora de la alfarería según otras tribus amazónicas), concebido como un demonio subacuático, dueño de la arcilla y de las vasijas.

Hace mucho tiempo, cuentan los hidatsas, las serpientes condujeron a una vieja pareja al lugar donde se hallaban los bancos de arcilla, y le enseñaron cómo había de mezclarla con arena o con piedras procedentes de hogares y que hubieran sido previamente trituradas. Era tan sagrada la confección de vasijas que no era posible acercarse a la obrera que estuviera celebrando ritos en honor de las serpientes y cantando himnos religiosos. Ésta prohibía pues la entrada a su cabaña. Antes de ponerse a trabajar, lo anunciaba públicamente para que nadie se arriesgara a violar el secreto.

Instalada en la penumbra, con la puerta cerrada y la chimenea parcialmente obstruida, la alfarera personificaba a las serpientes de las cuales se creía que vivían en lugares oscuros, lejos de los Grandes

F celos : F alfarería :: F celos : F chotacabras-I  
 (chotacabras) (mujer) (mujer) (alfarera)

Pájaros que las hostigaban para devorarlas. Una vez que se habían modelado las vasijas y antes de cocerlas, se las recubría con pieles humedecidas hasta que la arcilla se consolidase. Si alguien entraba en la cabaña de improviso o si un tercero cuya presencia se ignoraba descubría las vasijas, se podía tener la certeza de que los Grandes Pájaros, volando sin tregua a la caza de las serpientes, agrietarían las vasijas en zigzag, como los relámpagos, antes o durante la cocción. O bien las vasijas serían frágiles y se romperían al usarlas. El trabajo de la alfarera era, de este modo, motivo de un combate entre los Grandes Pájaros y las Serpientes.

En la aldea Awaxawi, se celebraba una ceremonia estival llamada «la ligadura de las vasijas». Se preparaba ritualmente dos vasijas decoradas, de las cuales una se suponía que era un hombre y la otra una mujer. Esta creencia es comparable a prácticas supuestas, asociadas en la Amazonia al mito de la serpiente Boyusu: «Las tinajas en que se levantaban las serpientes tenían un sexo [...]. En la vasija macho, se alzaban las serpientes que se convertían en hombres para las mujeres» - léase: para ser sus amantes- e inversamente en la vasija hembra. Los hidatsas ataban una piel tensada sobre la abertura de sus vasos sagrados y los usaban a modo de tambores; de ahí el nombre dado a la ceremonia. El resto del año, se conservaban las vasijas en una fosa bien cerrada, y había que mantenerlas al abrigo del sol cuando se las sacaba para transportarlas a una cabaña cubierta de tierra. La ceremonia servía para obtener la lluvia. Se paseaba una especie de instrumento que vibraba a lo largo de un

tronco esculpido y que representaba una serpiente con el dorso surcado. Salía un ruido parecido al que hacen las serpientes cuando anuncian la lluvia. Al mismo tiempo se tamborileaba sobre ambos vasos. Se dice que los promotores de la ceremonia recibían el derecho de hacer vasijas decoradas con ciertos motivos.

Hay un mito que describe el origen de estos ritos. Hubo hace tiempo un hermoso joven que despreciaba a las mujeres. Cierta día, al despertar, sorprendió a una que abandonaba su lecho. Apareció cuatro veces y el héroe decidió seguirla. Ella se dirigió hacia el Norte. Al caer la noche, un chorlito real Kildir voló ante ella. La mujer lo reconoció como un explorador de los Grandes Pájaros, y pidió a su compañero que cortara una rama de cerezo silvestre



FIG. 2. El chotacabras norteamericano *Chordeiles minor* (según BRELLM, 1891, vol. 2, pág. 227)

(*Prunus virginiana*) en forma de serpiente, que colocaron a la entrada de la cueva donde, hay que suponer, se habían refugiado. El trueno retumbó durante la noche y comprendieron que los Grandes Pájaros atacaban la rama.

Tras la tempestad, continuaron su camino hacia el nordeste y llegaron a un lago. El héroe siguió a la mujer al fondo del agua. Ante él apareció un país poblado de Serpientes, pues la mujer era la hija del jefe

de las Serpientes. En este mundo subacuático, se oía a veces el trueno y podían verse los relámpagos. Eran, según sus habitantes, los Pájaros-Truenos que querían matarles; pero los relámpagos no podían atravesar el agua.

El tiempo transcurrió y el héroe, ahora casado con su compañera, quiso volver a ver a los suyos. Su mujer aceptó acompañarle. En la aldea de los indios, ésta apenas abandonaba su cabaña: no había agua que la protegiera como en su patria lacustre y tenía miedo del trueno. Ocupaba su tiempo bordando con púas de puerco espín, y jamás salía para recoger leña, buscar agua o trabajar en los huertos.

Había prohibido a todas las mujeres incluso que sólo rozaran con su marido. Una vez, sin embargo, la cuñada del héroe tocó con sorna un lado de su túnica. Y aunque él tuvo la precaución de cortar ese trozo, su mujer supo lo que había pasado, desapareciendo poco después.

El héroe volvió al lago e intentó penetrar en el país de debajo de las aguas, pero cada vez que se sumergía, era rechazado a la superficie. Gimió y lloró tanto tiempo que un día su mujer emergió con dos vasijas. Explicó que la más grande era un hombre y la otra una mujer, y que había que utilizarlas como tambores para llamar la lluvia. Enseñó a su marido los detalles y los cantos de la ceremonia; le dijo también que, cuando no se las empleara, no debían moverse inútilmente de sitio y que habían de guardarse en una fosa profunda y bien protegida, al abrigo del trueno.

Centradas en el personaje de una divinidad celosa, más sólidamente constituidas y mejor dotadas que en otras partes, esas creencias de los hidatsas relacionadas con la alfarería las

arcilla → extracción → modelado → cocción → recipiente

excremento ← expulsión ← digestión ← cocción ← comida

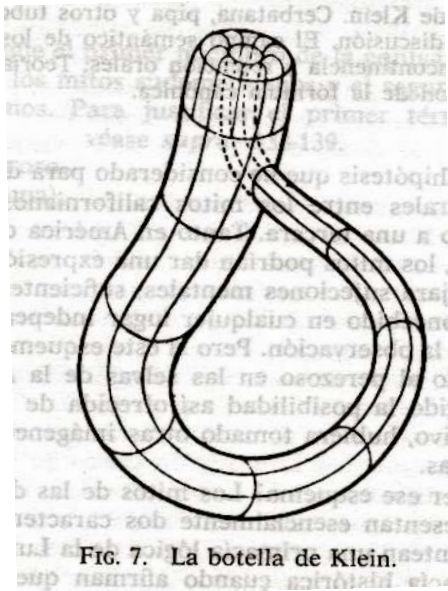
encontramos igualmente en otros pueblos amerindios. Los indios pueblo creen que todas sus cerámicas tienen un alma; ellos también ven en ellas a seres personificados. Esa esencia espiritual pertenece a las vasijas tan pronto como han sido modeladas y antes de la cocción. Se colocan asimismo ofrendas en el horno junto a la vasija puesta a cocer. Cuando una vasija se resquebraja al fuego, emite un ruido procedente del ser vivo que se escapa.

Como los hidatsas, los jicaques de Honduras asocian la alfarería y una forma de celos: «A Tierra no le gusta que se sirva de ella para hacer vasijas de barro cocido [...]». Por eso se venga: el frío entra en el cuerpo cuando alguien trabaja en la fabricación de vasijas».

En cuanto a la noción de una lucha cósmica entre los PájarosTruenos y las Serpientes ctónicas, lucha de la cual el arte de la alfarería es la apuesta (o una de las apuestas), se sabe el lugar que ocupa en las creencias y los mitos de los pueblos de lengua algonkina: los menominis, que viven entre el lago Michigan y el lago Superior, dicen que las marmitas de barro pertenecen «a los poderes de abajo». Acabamos de ver que estas creencias van incluso más allá. Explican posiblemente prohibiciones que afectan a prácticas culinarias. De lengua siux como sus vecinos hidatsas, los mandan asan la carne colgada del extremo de una cuerda.

En la marmita sólo ponen productos vegetales. Un recipiente de barro no debe contener nada graso, y cocer carne en él lo resquebrajaría irremediablemente.

De todo lo dicho anteriormente, se deduce que los mitos y las creencias establecen un lazo entre la alfarería y los celos. Con un mito sobre el origen del barro de alfarería, los jíbaros explican también el de los celos conyugales: la arcilla procede de una mujer cada uno de cuyos dos



maridos, o un marido por un lado y un pretendiente por otro, querría asegurarse su posesión exclusiva. En otra parte, es la mujer misma como Señora Tierra, como



Este texto y las imágenes han sido extraídos del Capítulo 2 del libro de Claude Lévi-Strauss **La alfarera celosa**, Ed. Paidós, STUDIO/BASICA nº34, con la autorización del editor, a quien agradecemos su colaboración.

mujer → celos → alfarería → chotacabras → hornero